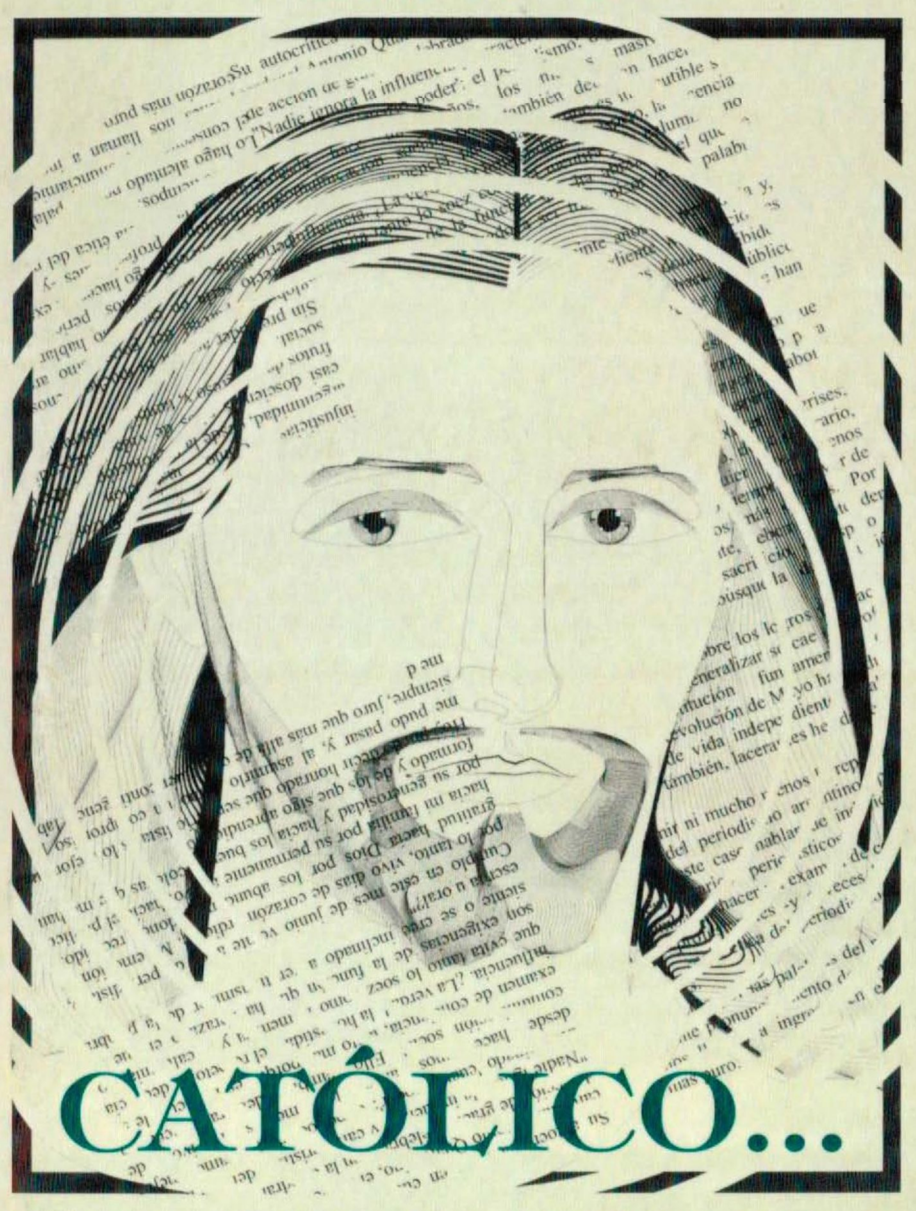
Christian Viña



CATÓLICO... Y PERIODISTA

Christian Viña

CATÓLICO... Y PERIODISTA

Buenos Aires
1997

El autor agradece de corazón a su gran amigo, colega en la docencia y artista plástico, profesor Juan Martinovich, la ilustración de tapa.

Dibujo de portada: *Ilumina mi Buena Noticia,*
de JUAN MARTINOVICH

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Registro de la propiedad intelectual Nº 100897

A los colegas que dan valiente testimonio de los valores evangélicos en los medios de comunicación.

A los que sufren toda clase de intimidaciones, marginación, pérdida de trabajo y proscripciones, en manos de quienes ven en el periodismo un negocio sin ética, y en el público, meros clientes.

* Asistió, desde 1981, a Wladimir Mikielievich, presidente de la Sociedad de Historia de Rosario, en la redacción de la *Revista de Historia de Rosario*.
* En 1983 concluyó sus estudios de Periodismo en el Instituto Superior "20 de Junio". Años más tarde obtuvo su matrícula profesional Nº 13.674.
* Cumplió distintas funciones como periodista y locutor en las cuatro emisoras radiales rosarinas (LT2, LT3, LT8 y LRA5) y, a los 23 años, debutó como reportero y comentarista en la televisión.
* Hasta 1989 se desempeñó en los dos canales de aire de su ciudad (3 y 5) y, luego del estallido social de ese año, se radicó en la Capital Federal.
* Inmediatamente obtuvo en el Instituto Superior de Enseñanza de Radiodifusión (ISER) la matrícula de Locutor Nacional Nº 3.420.
* Entre 1989 y 1992 trabajó como cronista en el noticiero "Telenoticias" (luego "Cablenoticias"), que se emitía a través del canal 5 de Videocable (VCC) y, por satélite, a centenares de canales de cable de todo el país.
* Ha entrevistado como especialista en temas políticos y económicos a los presidentes Raúl Alfonsín y Carlos Menem, en reiteradas oportunidades; así como también a otras altas autoridades de los tres poderes de la Nación.
* Cubre con asiduidad las denominadas "notas de color", donde, con textos de su redacción, exalta los

valores de la solidaridad, las convicciones democráticas y el espíritu fraterno de "los que no tienen voz". Uno de sus trabajos, "El pan amargo de los abuelos", le mereció numerosas cartas y mensajes de reconocimiento de televidentes de todo el país.

* Fue profesor titular de las cátedras de "Televisión" y "Redacción periodística III" en la Escuela Superior de Periodismo, Instituto Grafotécnico.
* Junto con su familia publicó el libro *Autorretrato de un hombre común*; obra póstuma de su padre, Leoncio Viña. Ese legado de poesías y prosas constituye una fuente permanente de aliento a su vocación literaria.
* Es autor del ensayo de no ficción (inédito) *Lloré por ti, Argentina*, que comienza con los estragos de la hiperinflación y concluye con el juzgamiento de los cabecillas del alzamiento carapintada del 3 de diciembre de 1990.
* Desde principios de 1993 hasta febrero de 1997 se desempeñó como cronista en la Corporación Multimedios América, donde cubrió notas de exteriores para América Dos, Cablevisión Noticias (CVN) y Radio América. En ese carácter participó de diversas misiones en el interior y exterior del país. Una de ellas tuvo lugar en Cuba, donde investigó el crecimiento sostenido de la devoción a la Virgen de la Caridad de Cobre, patrona de ese país; pese a las persecuciones religiosas.

* En 1994 realizó un curso de actualización en el Estado Mayor General del Ejército, al cabo del cual obtuvo el título de Corresponsal Militar.
* Desde 1995 es profesor titular de Periodismo para los alumnos de cuarto año del Colegio San José (Padres bayoneses).
* Desde 1996 es profesor titular de "Introducción a la comunicación social" y "Elementos de periodismo", en el Colegio de las Victorias.
* Recibió, en diciembre de 1995, el premio "Niño Feliz", otorgado por la Fundación Felices los Niños, del padre Julio César Grassi, en reconocimiento a su compromiso con los pobres y la minoridad abandonada.
* Participó en distintos debates en los programas televisivos de Mariano Grondona y Lía Salgado.
* Fue redactor-locutor del informativo de Radio Splendid y se desempeñó como locutor y maestro de ceremonias en diversos actos.
* Desde abril de 1997 es profesor de Periodismo en la escuela "Presbítero Manuel Alberti", de Hurlingham, que dirige el padre Grassi.
* Desde mayo de 1997 se desempeña como cronista en el noticiero de ATC.

Estimado Christian:

Me has pedido un prólogo para tu libro "Católico... y periodista". Lo menos que puedo decir es que se trata de sentidas, bien redactadas, y valientes páginas.

Porque valentía se necesita hoy para intitular con una confesión de fe religiosa una tarea periodística. Tú lo dices ya desde las primeras páginas y lo dices mejor de lo que podría decirlo yo: "seguir a Cristo sin tibiezas es una epopeya. Pero es mucho más difícil cuando el compromiso se asume en los medios de comunicación social dominados en su gran mayoría por un canibalismo salvaje, que se vale de mercenarios y pseudo-profesionales, inmorales de toda laya y enemigos de la Iglesia, para lograr su exclusivo fin de lucro, a cualquier precio". Te olvidaste de los que se solazan con escupir el rostro de la Iglesia llamándose católicos-de- avanzada y son capaces de vender su pluma - o su fe, si a mano viene- por treinta monedas.

Al cumplir 20 años de periodista, dices que serlo es "de lo mejor que me pudo pasar, y al asumirlo como un compromiso para siempre, juro que más allá de cualquier contingencia laboral me despediré de mi profesión con mi último suspiro".

Tus pedidos de perdón ojalá constituyan un examen de conciencia para todos tus colegas; Dios quiera que "en este final del siglo XX el cambalache se termine. Para que los inmorales dejen de superarnos y no sea lo mismo un burro que un gran profesor". Discépolo lo deseaba en los primeros decenios del siglo. Al finalizar el mismo, tú y muchos otros también lo deseamos. ¡Dios lo quiera!



✝ ANTONIO CARDENAL QUARRACINO
ARZOBISPO DE BUENOS AIRES
PRIMADO DE LA ARGENTINA

La Buena Noticia para mí es noticia

"Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida..."
Cristo

EN un mundo ávido de Verdad pero ahogado en la mentira, las verdades a medias, el engaño y la difamación, seguir a Cristo sin tibiezas es una epopeya. Ello es aún mucho más difícil cuando el compromiso se asume en los medios de comunicación social, dominados en su gran mayoría por un capitalismo salvaje, que se vale de mercenarios, pseudo-profesionales, inmorales de toda laya y enemigos de la Iglesia para lograr su exclusivo fin de lucro, a cualquier precio.

Para un periodista que ama y defiende su nobilísima profesión, que se juega en todo momento por sus convicciones e intenta cumplir el mandato de

Jesús de ser "sal de la Tierra y Luz del mundo", sólo hay puertas que se cierran, censura que se disfraza bajo la denominación de "línea editorial" y limitaciones de todo tipo, coronadas por un cinismo sólo comparable en algunos casos con el de Poncio Pilatos.

Jesús, su Santa Iglesia y sus enseñanzas, son en ese contexto una realidad molesta y cuestionadora. Vienen contra la corriente de sus ideologías y, consecuentemente, hay que acallarlos o, para salvar las "apariencias democráticas", reducirlos a su mínima expresión e influencia.

La Buena Noticia y las buenas noticias que surgen de su presencia en diversos ámbitos del quehacer humano, son mala palabra para los directivos de esos medios y ciertos figurones que viven de prejuicios y resentimientos; esclavos del dinero o de sus posturas políticas "anti-sistema"... Eso no vende, eso es del pasado, eso no es "progresista", eso es "conservador", eso no tiene rating... Eso, en definitiva, es descartable ya que exige definiciones categóricas, sin medias tintas, en favor de "la Vida y la Vida en abundancia". Para la cultura de la muerte, que también se pavonea por la televisión, bajo las máscaras del supuesto derecho a decidir sobre la vida de otros, la libertad personal irrestricta incluso para destruir familias y envenenar a la ju-

ventud y la necesidad de vivir para el placer, todo se permite.

Ser católico y periodista en una sociedad donde las identidades se confunden, los roles de cada uno se desdibujan y la responsabilidad frente a los otros y el sentido común pretenden presentarse como represivos, el camino a recorrer está lleno siempre de espinas. Quizás por ello sea tan fascinante...

Los dos títulos me honran. A veces, víctima de la fragilidad humana, suelen resultarme demasiado exigentes pero, pasado el temporal, la Fe y el sentido de misión dejan mi espíritu retemplado. Soportar calumnias y afrentas en ese apostolado no hacen más que acercarme a Cristo y su pasión y, por lo tanto, tornarme junto a Él invencible.

Al cumplir veinte años de periodismo y 35 de bautizado me decidí, entonces, a publicar este humilde testimonio. Quedará para otra oportunidad la edición de mi ensayo *Lloré por ti, Argentina*, que no interesa a las editoriales por no ser un producto comercial ni petardista.

Debo declarar, sin embargo, que no se ofrecen aquí todos los frutos de mi compromiso cristiano en los medios. Excluyo referencias a numerosos trabajos periodísticos en radio y televisión; sólo me ocupo de una parte de mis artículos, aparecidos en distintos medios de todo el país. Se encuentran pues

aquellos que por su interés humano trascienden la fugacidad de la noticia diaria y vencen los límites del tiempo.

Esta selección reúne, así, mis escritos de los últimos diez años. No se pretenda encontrar en ellos perfección estilística. Heredé de mi padre, Leoncio Viña, la pasión por las letras y la necesidad de volcar en un papel, a pura emoción, los propios sentimientos. Ciertos autores desaconsejan escribir en esas circunstancias. Pero, con todo respeto hacia ellos, prefiero "pecar" por demasiado expresivo...

Comienzo con un cuento publicado en agosto de 1987, en *La Capital*, de Rosario, con motivo del Día del Niño. Al igual que los demás trabajos aparece sin ninguna corrección, como forma de respetar el momento y la instancia de mi carrera en que fueron redactados.

"Río Gallegos: un sentimiento nacional", aparecido en marzo de 1989, en *La Opinión Austral*, de la capital santacruceña, es un homenaje a una ciudad muy metida en mi corazón y que, a diferencia de gran parte del territorio argentino, vivió intensamente la guerra por Malvinas en 1982 y la casi guerra por el Beagle, en 1978.

En enero de 1995, el cuento "Rosita, 101" me permitió rendirles tributo a mi abuela materna Ro-

sa Bernasconi y mi tía abuela Ángela Bernasconi. Sus figuras entrañables marcaron mi niñez y adolescencia rosarinas y no podían faltar en el recuerdo.

Ese mismo año, *La Nueva Provincia*, de Bahía Blanca, me publica la carta a los jóvenes "No tengáis miedo" que, con palabras de Cristo, pretende alentar a los chicos en la Fe. "El cura futbolero que «nos ganó» por goleada..." es, por su parte, una evocación del padre Domingo Cuasante, cuya memoria nos convoca a jugarnos una y otra vez por Cristo y su Reino.

En 1996, la revista *Eco Niño*, de la Fundación Felices los Niños del padre Julio César Grassi, *La Nueva Provincia*, *Cristo hoy*, *El Liberal*, de Santiago del Estero, y la Agencia Informativa Católica Argentina (AICA), entre otros medios, publican "Una familia para siempre, "Cuarto poder o poder de cuarta?" y "De patriotas sin monumentos y modelos de sencillez...". El segundo de ellos, con ocasión de mis veinte años de periodista, fue motivo de numerosos comentarios y debates, incluso en escuelas y facultades de periodismo. Mi autocrítica profesional, en respuesta a la convocatoria del Santo Padre, Juan Pablo II, recibió también reconocimiento del Vaticano, por intermedio del asesor de la Secretaría del Estado, monseñor Sandri.

Finalmente, a principios de este 1997, aparecen "Las respuestas del Cielo", con mis experiencias de las peregrinaciones arquidiocesanas a Luján; "Pimezzariello: un cura jugado por la Palabra en los medios" y "Ante Dios todos somos pobres", con los resultados de mi encuentro con las Misioneras de la Caridad, de la Madre Teresa de Calcuta, en Roma.

Quiero agradecer muy especialmente a mi arzobispo, el cardenal Antonio Quarracino, por el prólogo a estas páginas. Este gran pastor de la Iglesia fue siempre un modelo a imitar. Su coraje y decisión para difundir a Cristo, el catolicismo y sus enseñanzas hablan a las claras de un sacerdocio pleno, sin ambigüedades, ejemplo para propios y extraños. En mi "padre obispo" porteño encontré permanentemente palabras de aliento y comprensión, y por eso mi dicha es infinita por contarlo en este libro.

¿Qué decir de mi familia, educadores y maestros? De ellos recibí la formación religiosa y profesional que me honra. Sólo Dios sabe de cuántos sacrificios son testigos y mi gratitud por su comprensión tampoco tiene límites.

A mis buenos colegas, a los periodistas dignos, a los que se preparan para esta profesión inigualable, les dedico de corazón este sencillo y sentido fruto de mi trabajo. No nos dejemos vencer por los

profetas del odio. Un mundo distinto y una patria de hermanos son posibles. Echemos sus bases, sin miedos. En Él tenemos nuestra fortaleza.

CHRISTIAN VIÑA

Buenos Aires, marzo de 1997

SECRETARIA DE ESTADO

PRIMERA SECCIÓN - ASUNTOS GENERALES

Vaticano, 24 de febrero de 1997

Estimado en el Señor:

En nombre de Su Santidad Juan Pablo II deseo agradecerle la carta y el escrito que Usted le ha enviado para manifestarle sentimientos de afecto y comunión.

Con la presente me es grato transmitirle el aprecio del Santo Padre por este gesto de cercanía a su persona, al que corresponde animándole a ser siempre testigo de los valores evangélicos en el servicio informativo a la sociedad. Mientras lo encomienda a la maternal protección de Nuestra Señora de Luján, le imparte, en prenda de la constante asistencia divina, la Bendición Apostólica, extensiva a sus seres queridos.

Aprovecho la ocasión para manifestarle el testimonio de mi consideración y sincera estima en Cristo.

Mons. Leonardo Sandri
Asesor

Sr. Christian VIÑA

BUENOS AIRES

En el Día del Niño

SABÍA perfectamente que ese día llegaría. Atrás quedaban la infinita alegría del nacimiento, la tímida búsqueda de un mundo nuevo, las primeras palabras y los dolores del primer dientecito.

Su pequeño había crecido, y, con el afán de explicarse todo, comenzaba con la etapa de los "por qué". Difícil tarea para cualquier padre, pues los asuntos complicados parecen imposibles de explicar con palabras sencillas. Y, las más de las veces, ni los propios mayores tienen las respuestas.

¿Cómo contestar qué es la guerra?, o ¿por qué, mientras a mí no me faltan cosas esenciales, hay

nenes como yo descalzos y con hambre? Aun el más destacado intelectual, ante su hijo siente a ésas como las preguntas más agudas de toda su carrera: la carrera de la vida.

¿Qué es un niño, papi? Los ojitos anhelantes de su pequeño parecían desnudarlo, quitándole incluso los pocos recursos que pueden quedar para estos casos. Pensó, primero, que él nunca antes lo había reflexionado. Las ideas huían, impiadosamente, de su cabeza. Un sudor frío lo estremecía y temió, por segundos, aparecer como el más inseguro del mundo. La vida lo había hecho hombre pero quizás no le enseñó todo.

Imaginó un dulce amanecer. Un sol que nace en el horizonte y al que queremos sólo nuestro. Pero que a poco se eleva, se torna inalcanzable y cuando creemos haberlo perdido demuestra su generosidad y nos cobija, sin exclusiones, con su luz.

"El sol nace para todos", recordó, y mal puedo decir, entonces, que es exclusivamente mío. Pertenece a la humanidad y aun cuando no se le dedique la atención debida, ahí está... Transmitiendo un calor, que no es artificial, que surge sí de sus entrañas y por eso es Vida.

"Puedo decir que es agua", meditó. Vida misma para el sediento. Alegría de la tierra que, en su bon-

dad, la recibe para entregarla en frutos. Esperanza del hombre que la transforma en energía y asimila así los propios orígenes de la existencia. Desde la fuerza todopoderosa del Creador al empuje incontenible que nos permitió nacer.

Ya casi perdido en su ignorancia, para intentar definir con palabras simples ese sentimiento, cerró lo ojos y vio los rostros de su patria. En todos ellos se descubre a un niño... Observó el impenetrable silencio del soldado adolescente, que vela sus armas y encuentra en el recuerdo de las risas y juegos infantiles el aliento para no temer. Al anciano respetable que hace gala de sus sabias canas y nos da la alegre lección de saberse útil a quienes buscan sus consejos. Al obrero sudoroso que, pese a todo, es feliz en su pobreza porque sabe en el fondo que al país sólo se lo hace con trabajo.

Siguió recorriendo todas las geografías de la Nación. Vio al avejentado campesino, de cara al sol, aferrado a su arado. A la maestrita de frontera, inagotable en su amor a los pequeños, y jaqueada en su soledad por los rigores naturales. Al científico ignorado que, casi sin medios, vence todas las limitaciones y revela misterios que salvan vidas, que curan males, que dan progreso, que dan futuro...

Todos los rostros así desfilaron. Cada uno le dejaba, con un gesto, su esperanza. Porque la infancia,

aun rigurosa en muchos casos, les había enseñado a dar. Y, no obstante los años y las distancias andadas, sabían que entregando todo de sí estaban amando a su patria, al futuro, a las causas nobles, incluso a los males que lastiman pero que siempre dejan su claro mensaje de fe.

A esta altura se había quedado solo en el apuro. ¿Cómo definir qué es un niño si todas esas figuras que ante él pasaron tenían una parte? ¿Cómo hacer entender que es un sentimiento de la vida entera? ¿Cómo explicar que la infancia es esa semilla que necesita del sol, del agua y de la tierra para germinar? ¿Cómo decir que, ya convertida en fruto, abandona su ámbito para seguir dando vida y continuar indefinidamente con el ciclo creador?

"Demasiado complicado para un niño", pensó. O quizás, también, para un hombre. Por eso terminó con su silencio. Debía una respuesta y prefirió no dilatarla y seguir cayendo en sus dificultades.

Abrazó a "su niño", sintió que nunca antes lo había hecho tan angustiado y feliz, al mismo tiempo. Acarició su inocencia con inusual entrega y balbuceó: "Ser niño, hijo mío, es amar. Amar a tu patria como amas a tus padres. Amar al trabajo, que sólo con él se construye. Amar al estudio, para hacer un futuro grande. Amar a tu tierra, que todo te da,

y amar incluso al dolor que hace fuerte a quien lo sufre. Si amas así, con todas tus energías, con todo tu ser, jamás te sentirás solo. Porque por siempre te acompañarán tus risas y tus juegos y, lo que es mejor, serás un hombre querido...".

Río Gallegos: un sentimiento nacional

> *"Nadie ama a su patria porque es grande sino porque es suya"*
>
> Centro ex Soldados Combatientes en Malvinas de Rosario

NO es justo, como queda dicho, medir los sentimientos por el tamaño de lo que se quiere. Valen sí su intensidad, la predisposición espiritual para expresarlos y, por sobre todo, la sinceridad y transparencia en su demostración.

Quien ama de veras no admite especulaciones ni intenta lograr réditos de ninguna naturaleza. Sólo sabe que amar es dar; y que quien todo lo da, inevitablemente, todo lo recibe.

Río Gallegos, en sus centenarias muestras de generosidad, va viendo las recompensas de su pródiga entrega. Sin cálculos mezquinos ni desafiantes afrentas y sin siquiera exigir elementales gestos de

gratitud. Y así, humildemente, le da plena razón al poeta en aquello de que "después del idioma, la ciudad es la obra más maravillosa del hombre...".

Sabe que el reconocimiento de sus hijos –propios y adoptivos– se ve en los rostros curtidos por el viento y el frío pero también inmaculados en su nobleza... En la expresión pura y serena de sus mayores, seguros de que sus hijos seguirán luchando por su engrandecimiento. En esos niños convencidos de que nacieron en uno de los sitios más inhóspitos de nuestro suelo pero que también, en su infantil inocencia, se preparan para convertir el desierto en un vergel donde todos los días florezcan la paz y la vida. En esos jóvenes que se lanzan a conquistar los más elevados objetivos a través del trabajo cotidiano o que van a la gran ciudad a perfeccionarse para volver y aplicar sus nuevos conocimientos en beneficio de quien todo les ha dado...

Late en nuestra querida ciudad austral el intrépido espíritu de sus pioneros y de aquellos aborígenes que, resignadamente, dieron paso a la civilización que no los comprendía pero que tomó de ellos el amor por la tierra, el coraje para enfrentar la hostilidad del ambiente y la certeza de que la patria argentina tiene aquí uno de sus más inquebrantables bastiones.

Aquella Santa Cruz que los evangelizadores salesianos esgrimieron como estímulo y consuelo sigue hoy velando por esta verdadera avanzada nacional. Y desde esos lejanos días en que lanzarse a la patagonia era como remontar el Calvario de nuestra propia desolación, ha sido compañera irremplazable en las horas felices y de zozobra. A ella se aferraron los chicos que partieron en defensa de la soberanía y, en consecuencia, hoy vela sus eternos descansos en la helada turba malvinense; en ella tuvieron su más formidable apoyo quienes, al sur de la ría, debieron realizar todos los aprestos que las circunstancias exigían pero también en ella, símbolo máximo del dolor y del desprendimiento, los riogalleguenses hallaron la luz infinita para sus arduas noches de invierno y la cálida bocanada en las también frías jornadas laborales.

Ciudad cordial porque todo lo comparte, no hace distingos entre propios y extraños. Valen tanto para ella los nacidos de su seno como los que, desde lejanas latitudes y aún de allende los mares, arribaron a sus ventosas calles sin otro capital que su propia voluntad de progreso. Y en esa simbiosis espontánea, ávida de caminos de porvenir y sustentada por los más sólidos pilares de nuestra nacionalidad, descubrieron a la Argentina en su rincón más enternecedor.

Amo a Río Gallegos porque he visto a mis tíos –llegados desde Rosario– abrazados férreamente a ese ideal de vida que les propuso en todos y cada uno de sus gestos; porque cada vez que vuelvo soy recibido por mis amigos y por quienes sin serlo, saben de mi procedencia, como aquel hijo pródigo que al regresar al hogar fue colmado de agasajos y porque mi tía, Aura Ernestina Viña de Carpi, permanece viva en su querido barrio APAP, musa inspiradora de este "Coloquio con Río Gallegos", nacido de su pluma en la década del setenta:

Llegaba de muy lejos, de allá, del litoral
Rosario, Santa Fe, reza mi credencial
Aquí, a Río Gallegos, la gran ciudad austral
Todo en ti lo veía triste, inhóspito, fatal;
¿Flores? No las veía, ni pájaros cantar.
Ni tus plazas y paseos a los niños
sus rondas entonar. El viento atormentaba
espíritu al soplar.
Cómo añoraba entonces el verde de mis
campos y hermoso Paraná.
Frío y nieve y escarchas, mi cuerpo
castigaban,
haciéndome flaquear.

Pero meses fueron pasando, se hicieron años ya.
Así fui conociendo que si brotan los mimbrales
primavera está a llegar.
Si se ven margaritas y muchas flores más
es que ya el verano nos quiere acompañar.
Si viento silba y ruge, no importa, otoño pasará.
Si pisar yo mansa nieve, y el frío con su
crudeza me vuelve a castigar,
es que llegó invierno, que invita refugiarse
en el cálido hogar.
Ciudad que aquí me escuchas...
Todo lo he comprendido, tu clima, tus
bellezas, tu generosidad,
todo en mi ser está; y por si fuera poco
sabrás que hoy tengo aquí mi techo, trabajo,
bienestar y aún tengo mucho más; tengo
grandes amigos en la comunidad.
¡Bendita Río Gallegos! - La gran ciudad austral...

"Rosita, 101..."

A nuestros queridos viejos, quienes aún desde la infinita postergación nos reconcilian con el Amor y la Esperanza...

A todos aquellos que transforman sus propios males en más solidaridad y entrega al prójimo...

COMO todas las tardes, Rosita y Angelita estaban una vez más frente a frente ensimismadas en el juego de cartas. Era un verdadero ritual vespertino, antes y después del té que también con infaltable precisión llegaba a las cinco.

Durante años esa fue casi una ceremonia rutinaria aunque para ellas, de ningún modo, tenía la carga de lo forzosamente cotidiano. Entre el chinchón y la muy esporádica escoba de quince que, según los entendidos, son de los más simples entretenimientos con naipes, encontraban las ráfagas de alivio que la avanzada edad les daba con cuentagotas. Es que allí, en medio del inmenso patio como esce-

nario, se sentían verdaderas hacedoras de su propia suerte aunque más no sea para evitar el temido 101.

Desde niñas el destino les había deparado papeles aparentemente secundarios o de espectadoras, pero pronto comprenderían que ellos sólo ocultaban actuaciones tanto o más relevantes que las de los grandes protagonistas. La infancia –que para estas hermanitas no fue de ningún modo "tierna", como dice el latiguillo, sino que cargada de angustias– les iba a enseñar que en su caso nada les resultaría fácil y que, como verdaderos soportes de los otros, siempre deberían además de las propias cargar con las cruces ajenas.

Nacidas como la inmensa mayoría de las personas de su época en "hogares humildes" –llamados así por las crónicas para no definirlos como reinos de la miseria–, sus juegos infantiles se alternaron en aquellos comienzos del siglo veinte con la muerte y las ausencias.

De doce hijos que sus padres italianos trajeron a este mundo argentino quedaron, al cabo de poco tiempo, ocho. Bien puede afirmarse, pues, que eran sobrevivientes de enfermedades hoy acaso irrisorias y de carencias tan extremas como inconcebibles en el imperio del trigo y las vaquitas.

¿Qué les podían hablar a ellas de dolor si antes del primer grado escolar –algo así como la uni-

versidad de aquellos días– debieron arremangarse junto a su madre, al costado del lecho de algún hermano moribundo para colocar paños fríos en sus frentes? ¿Cómo no soportarían con envidiable presencia de ánimo las sucesivas pérdidas a lo largo de las décadas venideras, si para ellas la sepultura de sus hermanos e inmediatamente de su padre las arrastró sin piedad hacia esas heridas que suelen resistirse pero que dejan un espíritu hecho jirones?

Sólo las cartas parecían alejarlas por algunos momentos de esa seguidilla de recuerdos que, ya en el atardecer de sus vidas, daba la impresión que arremetían con toda su furia. A esas alturas eran unas abuelitas encantadoras que, aún en su modestia –siempre enemiga de las efusividades o las palabras o gestos grandilocuentes–, mostraban con serena satisfacción los progresos de sus hijos y nietos.

Varias veces se exhibieron desafiantes ante nuevos padeceres. No pocos llegaron a pensar que, tras semejante cadena de desgracias, escaso vigor les quedaría para enfrentarlos. Se equivocaron fieramente. Las viejitas emergían de sus diminutas proporciones como verdaderos titanes, con el paso decidido, la voz firme, el lamento exterior corto y la vocación de servicio larga.

Causaba admiración el temple con que enfrentaban aquellos trances ante los cuales más de un hombre con fama de corajudo reculaba. Querían en lo posible absorber todo el sufrimiento ellas y no dejar ni siquiera una pizca para los suyos. La mayoría de las madres o abuelas en circunstancias idénticas obrarían del mismo modo, podrá decirse. Pero en este caso era asumido como obligación y placer. Lo entendían como parte de esa misión terrenal a la que fueron empujadas sin consultar y que luego comprendieron con su espíritu religioso.

Tenían ese heroísmo de las personas mal llamadas comunes que, por no poseer fama ni dinero, jamás saldrán en una tapa pero que con su ejemplo marcan con fuego los corazones de sus semejantes. Cada uno de sus gestos era un puñado de sabiduría que se lanzaba generosamente al aire para multiplicarse en cuantos espíritus estuviesen dispuestos a recibirlos. Todas esas espinas que, como dardos venenosos, encontraban a su paso inevitablemente las devolvían, en honor a sus nombres, como pétalos de rosa y caricias de ángel...

"Nacidas para servir", parecía ser su lema, y aunque eso sonara tan extraño en una sociedad crecientemente insensible, creían de corazón que el mundo se cambia en cada hecho –erróneamente calificado "pequeño"– de humanidad. Frente a tan-

to charlatán que prometía soluciones mágicas para inundar de felicidad al planeta o aunque más no fuera al ámbito familiar, ellas elegían el imposible realizable de las cosas simples.

¡Era para un cuadro esa imagen tan tierna que transpiraba dulzura en aquellos años ochenta...! Deleitaba verlas cómo querían aprovechar al máximo esos minutos tan merecidamente tranquilos que, sin embargo, debían enfrentarse una y otra vez con algún recuerdo implacable. ¡Si hasta algún que otro suspiro motivado vaya a saber por qué pena escondida, no desentonaba demasiado sumergido en tanta paz...!

Prepararse para el juego, como no podía ser de otra manera, les demandaba también algún esfuerzo adicional. En primer lugar se percataban de que todo estuviese bien a su alrededor: que la nieta más chica encontrase todo listo para tomar la leche a su regreso del colegio; que al perrito recién llegado al hogar no le faltase algún hueso para entretenerse o que toda la ropa seca se hubiese bajado de la terraza para no tener que subir de noche. Claro que lo más exigente venía al momento de sentarse y, como todo en sus vidas era pesado, también para eso estaban obligadas a correr macizos sillones de hierro. Aquél juego había llegado hace muchos años, de la mano del hermano ausente que se des-

tacó en una de las grandes ferreterías de la época. Era también un sobreviviente y, como verdadera reliquia, no se merecía un desaire.

Aún cuando la artrosis u otros males de la edad les regalaban algunas puñaladas extras, ellas insistían en cargar sus moles. Era el último escollo a sortear antes del fugaz oasis y hasta por amor propio no podía escapárseles. En instantes nada más tenían su desquite: el acceso a esa suerte de trono que, por un rato, les regalaba el poder de no anclarse entre lo irreversible.

Todo estaba listo para empezar otra partida pero esa tarde tenía la carga adicional del adiós. Había llegado el día de despedirse del viejo caserón de la calle Italia, y emprender una nueva vida en un departamento más acorde con las necesidades biológicas de la hora.

Esa idea estuvo madurando por mucho tiempo y, tras no pocas contramarchas, se concretaba. Como era de esperar, también entraban en colisión sentimientos bien entendibles: la confianza en un gran paso adelante, de cara al almanaque impiadoso, y la tristeza de dejar ese teatro de las comedias y los dramas más perdurables pero en ambos casos muy propios...

Con disimulo entre ellas y con respecto a terceros fueron recorriendo, una a una, todas las habita-

ciones de la casa materna. Fue casi imperceptible, en primer término por sus cuidados para no ser descubiertas por ningún nieto o sobrino, y también para evitar frente a cada puerta que trasponían o cada vidrio que cruzaban con su mirada, ese amplio abanico de figuras y situaciones tan lejanas como presentes.

La vida entera se apretujaba entre esas paredes que habían superado el siglo. No contaban, en este caso, los cientos de metros cuadrados del negocio inmobiliario en una "ubicación privilegiada". Miles de episodios tan intensos y con tantos contrastes no tenían una unidad de medida ni cifras tentadoras. Era un paso necesario pero no por eso menos desgarrador. Aunque para ellas los adioses, como quedó dicho, eran algo de todos los días.

Ahí quedaban las alegrías de los hijos, nietos y sobrinos que, entre juegos, no dejaron de explorar ni un sólo rincón de su arquitectura. Las reuniones que parecían sin fin en las horas de felicidad. La satisfacción por el deber cumplido en la crianza de la descendencia y, por supuesto, el eco de aquellos llantos de niñas y de madres que, aunque superados por la fe en la vida eterna, no dejaron de ahogarlas una y otra vez.

Podía decirse que era la última gran prueba. Las dos hermanitas clausuraban así el ciclo de los pen-

samientos inevitables entre tanto ladrillo elocuente, y aunque resultaba imposible adivinar el futuro inmediato un nuevo techo sería, cuanto menos, virgen en su memoria. Con todo por hacerse podía abrigarse la idea de días distintos y sin tantas ataduras.

Obviamente ninguna de las dos hizo algún comentario al respecto. Sólo cierta palabra de circunstancia estuvo vinculada con los trabajos de la mudanza, y como ocurre siempre en estos casos con la sorpresa de haber hallado objetos que también se creían perdidos. Un par de miradas que se cruzaron de soslayo fue la rúbrica de ese tácito pacto de silencio. Tenían que disfrutar de aquel último juego, en aquél inmenso patio que esa vez sí resultaba infinito.

El chirrido del metal al arrastrarse agregó su cuota de emoción a la escena. Como si supiesen del nuevo destino de sus compañeras de tantos años y de su propio futuro, los viejos sillones dejaban su sonora última huella. Ya todo estaba listo. Había que barajar y dar por última vez y en lo posible creer que ésa bien podía ser una partida interminable.

Como de costumbre, Angelita tomó la delantera. Su habilidad en el chinchón era comentario obliga-

do de toda la familia y, lógicamente, en esos minutos no podía ser menos. Sin embargo, sufría en cada mano que ganaba. Era la cuenta regresiva para que los naipes también fuesen embalados. ¿Cómo serían las tardes en la nueva casa? ¿Qué sensaciones vivirían antes y después del té hasta aproximarse la hora de la cena?

No era el momento de hacerse tantos interrogantes sino de concentrarse y evitar que alguna de las dos perdiese. En algún instante ello iba a ocurrir pero valía intentar una demora. Solemos tener la impresión de ganarle la carrera al tiempo pero, inevitablemente, todo llega.

Angelita esta vez no pronunció "Rosita, 101", para anunciar su victoria. Bajo el espeso silencio del ambiente llevó las cartas en su cajita hasta el enorme canasto de mimbre.

No tengáis miedo...

CARTA A LOS JÓVENES
(para conquistar al "verdadero mundo")

COMO jóvenes, nos asalta, permanentemente, una serie de angustias e incertidumbres. ¿Cómo luchar? ¿Cómo entregarnos generosamente a los demás? ¿Cómo no rendirse en la siempre desigual batalla por el bien?

"El amor es ingenioso", nos recuerda el padre Mamerto Menapace, y es en las actitudes cotidianas donde demostramos que, frente al "no se puede", el "es imposible" o "no creo que lleguemos", la fuerza juvenil y la imaginación todo lo logran.

Por eso, quise titular estas líneas con las palabras de Cristo, repetidas por Juan Pablo II al comienzo de su pontificado: "No tengáis miedo..."

¿De qué no debemos tener miedo? El propio Papa nos lo dice en su magistral libro *Cruzando el umbral de la esperanza*: "No debemos temer a la verdad de nosotros mismos..."

Reina en nosotros, como Pueblo de Dios, la alegría profunda y auténtica de quienes conocen su misión en la Tierra y se preparan para la ciudad de eternidad. Late en nuestros corazones la felicidad de reconocernos cada día más hermanos, más dispuestos a servir, más abundantes a la hora de derrochar optimismo. Tenemos la ventaja de ser una comunidad perseverante en la misión. Cada uno de nosotros siente cómo con el estudio, la oración y las obras, nuestra fe se agiganta y nos llama a derramarla con el mismo fuego con que nos fue transmitida.

No tengan miedo de seguir dando, como hasta ahora, valiente testimonio de Dios Vivo, Rey de la Vida.

No tengan miedo de tender sus manos ardientes de ternura a los chicos que no tuvieron oportunidad de conocer nuestra fe o que creen haberla perdido.

No tengan miedo de ningún superior, docente o autoridad. Están para ser básicamente servidores de ustedes; siervos de Dios.

No tengan miedo a jugarse por la vida frente a la cultura de la muerte que pretende destruirnos. Desde el niño no nacido hasta el anciano marginado, pasando por los jóvenes y adultos jaqueados por el egoísmo sin fin, todos son para nosotros Cristo y en ellos nos reconocemos.

No tengan miedo a seguir con los apostolados en los hospitales, cárceles, geriátricos y hogares de niños. Muchos aprenderán de ustedes porque, como decía el inolvidable obispo de Río Gallegos monseñor Miguel Alemán, "las palabras mueven, pero los ejemplos arrastran..."

No tengan miedo si el Señor los llama a una vida consagrada. Como amigo que jamás nos abandona, estará siempre a vuestro lado, para ayudarlos a entender y explicarles a los suyos que nadie los "pierde". Todos ganamos un pastor.

No tengan miedo a elegir una carrera por corta o larga, redituable o no que parezca. Sólo lo que se hace con cariño, permite alimentar nuestro espíritu y entregarse de lleno a la causa de la Salvación.

No tengan miedo a llevar sus cantos, música y alegría de Hijos de Dios y Hermanos de Cristo por las calles de la ciudad. Pese a ciertas apariencias, el vértigo y las ocupaciones urbanas albergan soledades desgarrantes.

No tengan miedo, en definitiva, a vivir intensamente esta vida plena del Evangelio que, por novedosa y cautivante, nos atrapa cada vez más todos los días.

Estoy seguro de que les sobrará coraje para encarar con renovado entusiasmo esta inigualable aventura del amor. Como periodista, comprendí hace tiempo que nada puede compararse con la Buena Noticia. Gritémosla a los cuatro vientos. No hay nada ni nadie que pueda vencernos en Cristo Jesús, Camino, Verdad y Vida.

El cura futbolero que "nos ganó" por goleada

SER agradecido en estos tiempos de ingratitud puede resultar extraño, pero es un deber de conciencia para quienes hemos tenido buena cuna y buenos maestros.

Reconocer, proyectada en el tiempo, la obra del padre Domingo Cuasante, representa para miles de egresados del Colegio del Sagrado Corazón (Padres bayoneses) de Rosario, un hecho tan natural como emotivo. Es que a fuerza de "sufrir" su severidad aparente durante años, aquellos niños y adolescentes que alguna vez fuimos, rescatamos hoy en la juventud o en la madurez las huellas imborrables que dejó en nuestras mentes y corazones.

Lo recuerdo siempre erguido, con la mirada bien alta, como para ver tras sus pesados anteojos mucho más allá de cada acto. Invariablemente con sotana, sólo la dejaba por una camiseta o algún mameluco por las noches y madrugadas que, con bíblica paciencia, arreglaba los metegoles, las "pelotitas voladoras", la "billarda", los billares y cualquier otro juego salido de su ingenio y fabricado con un par de maderitas, alambres y piolines.

Llegado de España con el pesado bagaje de la guerra civil, abrazó a la niñez con amor infinito, aunque a veces disimulado tras su carácter enérgico. Ciertamente, no era fácil para nosotros adaptamos a su disciplina. El pelo corto, formar la fila sólo sobre las líneas pintadas en el suelo, no juntarse a la salida del colegio ni aflojarse la corbata o el delantal. Y aquel que no las cumplía, se quedaba sin los juegos de la tarde o de los recreos.

Amar al deporte

Con la misma pasión con que nos enseñaba sobre Jesús, nos hizo amar el deporte, particularmente el fútbol. De su diminuto taller, depósito y escritorio ubicado debajo de una escalera en el subsuelo –donde convivían desde víboras en formol hasta

tarros con grasa para lubricar los metegoles– salían cantidades industriales de pelotas de cuero, de plástico para ping pong, de goma y de cuanto material sirviese para divertirse. Casi como el maná, esperábamos boquiabiertos que anotara uno por uno a los responsables de cada balón para ir a jugar.

En los patios de primaria lucían, cuales vendedoras tapas de populares revistas, aquellos pizarrones con el *fixture* y los resultados de los encuentros. Al final de cada recreo, se lo veía entonces con un trapo y una tiza actualizando los marcadores y la tabla de posiciones.

Por la tarde, teníamos también un par de horas de juegos no obligatorios, aunque tan vez más concurridos que si los hubiesen sido... "Quiero a los chicos la mayor cantidad de horas en el colegio –confesaba una y otra vez a los profesores–. Aquí no aprenderán ningún vicio..."

Bajaba de una corta siesta, dispuesto él también a divertirse y, tras una pequeña y vibrante arenga sobre Cristo, la juventud, la familia y los valores, su "¡Viva Jesús...!" y nuestro inmediato y vigoroso "¡Viva...!", marcaban el inicio de una tarde sin igual. La despedida, casi litúrgica, nos encontraba a todos cantando y saltando junto a él, al compás de lo que había compuesto: "arre - que - te chin - pe, chin -

pe, chin - pe; paso con dei - ro, dei - ro, dei - ro; uno con dos, dos con uno, Co - razón, Co - razón, Sa - grado Co - razón...".

Instantáneamente designaba a los monaguillos para la misa de las 19.15 y hasta hacía lista por la gran cantidad de candidatos. En las pocas horas libres que le quedaban, los enfermos de hospitales cercanos y alguna que otra capilla sin cura o con sacerdotes viejitos contaban con su permanente "¡Aquí estoy...!".

De palabras justas y oportunas, siempre eludió la vidriera, las efusividades o los gestos grandilocuentes. Prefería la inigualable fuerza de la acción silenciosa. Jamás se lo vio cansado o quejoso por su extenuante actividad. Sabía que en la Casa del Padre tendría suficiente tiempo para descansar y por eso eligió sin titubeos el honor del sacrificio.

Como profesor de Zoología en segundo año, también derrochaba talento y generosidad. Asombraba verlo cómo en diez minutos de recreo dibujaba en el pizarrón una rana o un langostino para que luego indicáramos sus diferentes partes. Con vehemencia alertaba sobre los parásitos, insectos y otros bichos dañinos y eso, años más tarde, también le serviría para hacer docencia entre los más pobres del norte del país.

En Santiago del Estero

Trasladado a la parroquia San Roque, de Santiago del Estero, su labor pastoral alcanzó la plenitud y el reconocimiento definitivo. Sus desvelos por el deporte como medio para el respeto del propio cuerpo y camino hacia Dios, lo llevaron a concluir un ateneo con cancha de básquet, escenario y otras instalaciones para recreación.

Las tórridas madrugadas santiagueñas lo sorprendían una y otra vez regando los paraísos que plantó con especial cuidado, sabedor de que la aridez del suelo era un obstáculo más a vencer. Después de todo, las pruebas a fondo eran una constante en su vida. ¿O acaso se iba a amedrentar por ir con su bicicleta de aquí para allá, a los hogares más humildes, para alertar sobre la vinchuca y la prevención del mal de Chagas? ¿O no era también un motivo de honra seguir siendo maestro en la marginalidad extrema aun cuando el hacinamiento y la promiscuidad conspiraran contra la promoción humana?

La mejor respuesta me la dio Noemí, una piadosa y sencilla mujer que supo de su entrega absoluta, hasta el final, por los pobres y enfermos, aquellos mismos en quienes el propio Cristo nos invitó a reconocerlo por ser sus hermanos más pequeños: "El

padre Domingo –dijo– predicó el Evangelio con obras y nos sigue hablando desde todos los frutos que dejó entre nosotros...".

El 20 de abril de 1988, fue a decirle "Aquí estoy...!" en persona al Padre Eterno. Por expreso pedido de los fieles, sus restos descansan en Villa Jericó, una casa de ejercicios espirituales en las afueras de Santiago del Estero. Hasta allí le llevé un profundo ¡gracias!, gritado en silencio de oración sincera junto al padre Eleuterio Cabero que hoy continúa su obra.

Con los ojos nublados por las lágrimas, busqué el Cielo para pedirle que me inspire siempre por los renovados caminos del bien. Y así como él lo hizo con nosotros, pueda yo también algún día desde el periodismo, la docencia y el trabajo comunitario, ganar por goleada el corazón de aquellos a quienes sirvo...

Una familia para siempre

DESDE niños, hemos aprendido que algunos compromisos son para toda la vida. Y aunque la moda, ciertas costumbres pasajeras y hasta la cultura del "úselo y tírelo" puedan presentarlos como anticuados o poco "progresistas", no dejan de sorprendernos por su belleza y trascendencia conforme al orden natural.

Descubrimos que la riqueza inagotable de nuestra familia es una aventura como pocas. Sabernos amados aun en el dolor, la enfermedad o la prueba, nos hace disfrutar de ese capital gigantesco que ni el Fondo Monetario Internacional ni el Banco Mundial serían capaces de reunir.

En cada hogar, hasta el propio infierno es más llevadero; fuera de él, las llamas no tienen ninguna contemplación. Lejos de su ámbito, los problemas no sólo se agudizan, sino que también generan otros tantos o más graves, que concluyen por convertir la existencia en una seguidilla de derrotas, a veces de imposible retorno...

Frente a estos desafíos –y a veces de abiertos ataques a la familia constituida como Dios manda–, se sintieron como bocanada de aire fresco los premios otorgados por el Movimiento Familiar Cristiano a diversas personalidades de todos los sectores, creencias y orígenes, que con sus ejemplos diarios dan valiente testimonio de los más puros valores de la patria. Desde figuras del deporte a periodistas, pasando por "desconocidos" (para ciertos medios de comunicación) compatriotas, cada uno dejó su mensaje realista, pero también de fuerte apuesta a la esperanza sobre el presente y el futuro de los hogares argentinos.

Uno de los distinguidos con el galardón "Unión Nacional" fue Enrique Llamas de Madariaga, periodista de vastísima trayectoria en la prensa escrita, radial y televisiva, que en cuanta oportunidad se le presenta, exalta a la institución familiar como verdadero templo de valores permanentes, sin los cuales todo o casi todo se pierde.

Compromiso inalterable

"Vivimos en un mundo –enfatizó– que tiene desde biromes hasta padres, esposos o hijos descartables. Aquí estoy, con mi mujer y mis hijos, para ratificar mi compromiso inalterable con la familia para siempre y no sólo por un rato..."

La Sociedad de Distribuidores de Diarios y Revistas, escenario de la ceremonia, vivió uno de sus momentos más emotivos. Para mí, no fueron sorpresa esas palabras porque, a través de los varios años de trabajo compartidos con Enrique, pude descubrir la hondura de su sentimiento cristiano. Debo confesar, sin embargo, que pese a eso, unas lágrimas se deslizaron por mi rostro. Lamentablemente, quienes hemos perdido algún miembro de la familia sabemos con exactitud hasta qué punto estas expresiones son sabias.

Vinieron también a mi mente las palabras del propietario de un geriátrico: "Hay hijos que sólo vienen una vez por mes a traer la jubilación y, a veces, ni siquiera pasan por supuesta falta de tiempo". No pude olvidarme tampoco de aquella viejita que, desde la ventana de otro hogar, me gritó: "Oiga señor, pase a visitarme, por favor...". ¿Cómo podía sustraerme a esos cientos de ojos húmedos, ávidos aunque más no sea de pizcas de cariño,

que buscan los míos cada vez que ingreso en un asilo de ancianos? Noto en ellos la necesidad de adoptarme, aunque más no sea por minutos, en lugar del hijo perdido, que se escapa o que vive "apurado".

"Yo también estaba muy ocupado cuando lo crié a él y, sin embargo, nunca lo desatendí", exclamó entre sollozos un viejito que supo de una situación económica desahogada y que –quizás por eso– aterrizó prematuramente en ese ámbito modesto en servicios y barato para el bolsillo filial.

Cerré los ojos y vi también a Lucas y Lionel, dos niñitos enfermos de Sida, abandonados por sus padres y, felizmente, recogidos por un curita admirable que lucha con denuedo por la niñez desamparada.

Sueños y esperanzas

Me desbordaban como salvajes tormentas los rostros sufrientes de amigos, compañeros de trabajo o desconocidos, que habiendo sufrido fracasos matrimoniales, andaban a tientas por la vida. Algunos, casi sin rumbo; otros, ahogados en un dolor incesante y las más de las veces incomprendido.

Se clavaban en mi corazón como puñaladas las palabras de aquel chico de 27 años, hastiado de sucesivas separaciones y amores de un par de horas que, con la cabeza baja, susurró: "Me agoté la vida en pocos minutos. Ya no hay nada que despierte en mí sueños y esperanzas...".

Esa noche, al volver al canal, me confundí en un fuerte abrazo con mi querido colega e imaginando el sentir de millones de argentinos mal llamados "silenciosos" –porque no aparecen en la tele–, le agradecí su coraje por ese testimonio sentido y sincero.

"Sigamos luchando –me dijo– para que haya más hijos, más padres y más esposos dispuestos a defender sus hogares contra viento y marea. Ciertamente, ninguna casa es un lecho de rosas, pero fuera de ella, casi sólo hay lugar para las espinas...".

Como buen futbolero, me quedé con el ejemplo de Gustavito López, el ex jugador de Independiente, quien, habiendo conocido cómo todos huyen frente a la enfermedad y el dolor, vive hablando honrado de sus padres. Jamás podré olvidarme de aquella vuelta olímpica que dio con su equipo y en la que, al levantarse la camiseta, descubrió sobre su pecho una remera estampada con la hermosa foto de sus queridos viejos...

Dios quiera que llevemos siempre esa consigna y la familia sea, en todos los momentos, prioridad número uno y el negocio más importante. Y así como cargamos nuestras agendas con más de un compromiso intrascendente, aprendamos a escribir, en cada una de sus páginas, antes de cualquier reunión o diligencia, el nombre de quienes no se merecen ninguna tardanza y mucho menos, suspensiones.

¿Cuarto poder o poder de cuarta?

CUMPLO en este mes de junio (de 1996) veinte años de periodista y, por lo tanto, vivo días de corazón ardiente. Mi emoción es gratitud hacia Dios por los abundantes dones recibidos; hacia mi familia por su permanente apoyo; hacia el público por su generosidad y hacia los buenos colegas que me han formado y de los que sigo aprendiendo.

Hoy puedo decir honrado que ser periodista es de lo mejor que me pudo pasar y, al asumirlo como un compromiso para siempre, juro que más allá de cualquier contingencia laboral me despediré de la profesión con mi último suspiro...

Para mí, en este verdadero sacerdocio no existen los grises: lo nuestro es servicio a fondo al pueblo o, de lo contrario, aunque tenga su fachada es cualquier cosa menos periodismo. Hay que jugarse por entero siempre, a favor de la verdad, y particularmente por los más débiles. Por encima de cualquier postura arrogante, debemos entender que como profesionales nos une el sacrificio, el respeto a quienes servimos y la común búsqueda de la unión nacional.

Mucho se ha escrito y dicho sobre los logros y desaciertos del periodismo, aunque al generalizar se cae en profundas injusticias. Como institución fundacional de la argentinidad, desde la Revolución de Mayo ha producido en casi doscientos años de vida independiente notabilísimos frutos de progreso y, también, lacerantes heridas en el tejido social.

Sin pretender asumir ni mucho menos la representación global o parcial del periodismo argentino pues lo más correcto sería en este caso hablar individualmente, de periodistas, empresarios periodísticos y medios, creo oportuno sin embargo hacer un examen de conciencia sobre deformaciones profesionales –y a veces hasta de abiertos agravios a la esencia ética del periodismo– muy extendidas en estos tiempos.

Lo hago alentado por las palabras del papa Juan Pablo II y el consecuente pronunciamiento de los obispos argentinos, quienes nos llaman a ingresar en el siglo XXI con un corazón más puro.

Pido perdón por la primicia a cualquier costo que, sin respetar ningún código, pisotea honras, condena sin juicio previo, atropella la intimidad y hasta destruye hogares y proyectos de vida...

Pido perdón por el amarillismo cruel que, quizás como la expresión más burda del capitalismo salvaje, no trepida en lucrar groseramente con la sangre, el dolor y el sufrimiento; por lo general de los más pobres y desprotegidos...

Pido perdón por los estereotipos hechos a pura prepotencia y desprecio hacia la dignidad del prójimo y que, por ejemplo, convierten a los villeros en "comegatos" y "delincuentes"...

Pido perdón por la falta de anuncio ante cualquier denuncia, que priva al receptor de los caminos alternativos y suele sumergirlo en profundas desazones.

Pido perdón por no cotejar las lacras e inmundicias con que fundamos páginas y pantallas con ab-

negados y anónimos modelos de vida que, felizmente, también abundan entre nosotros.

Pido perdón por las guerras y a veces hasta linchamientos televisivos y radiales que suelen presentarse como sanos debates o genuina expresión de democracia.

Pido perdón por quienes confunden acidez con violencia y lejos de obtener respuestas interesantes para el análisis sólo persiguen sacrificar a su circunstancial víctima.

Pido perdón por los que con unos cuantos dólares y hambrientos de unos puntitos de rating compraron las confesiones de supuestos arrepentidos de los años de muerte.

Pido perdón por aquellos que siguen abriendo sus páginas, cámaras y micrófonos a quienes, sin ninguna intención de arrepentirse, continúan pregonando el odio, la violencia y la división entre argentinos.

Pido perdón por los empresarios periodísticos que sólo preocupados en contratar mano de obra barata no dudan en reclutar imberbes sin formación, llenos de prejuicios y sedientos de morbo y descontrol para ofrendar en los insanos altares del sectarismo y la decadencia moral.

Pido perdón, en definitiva, por todas las ocasiones en que informamos parcialmente y fuera de contexto. Por todas las veces que no formamos con fundamentos y por todas aquellas en que nos olvidamos de orientar con equilibrio; con respeto y misericordia y sabedores de que, aún en medio de las mayores dificultades de la vida, siempre hay lugar para la fe y la esperanza.

Rindo igualmente mi sentido homenaje a todos los periodistas argentinos –por lo general sin prensa– que dignifican esta impar profesión con su entrega sin límites y a veces hasta heroica. Son aquellos que luchan desde el anonimato, casi siempre con sueldos miserables, por una sociedad más justa; y que en tan altruista servicio van dejando jirones de su propia existencia.

Para esos hombres y mujeres poco cuenta que el periodismo sea considerado el cuarto, el primero o el penúltimo poder. Simplemente quieren que no sea un poder de cuarta, librado al manoseo de poderosos propios y extraños que no vacilan en usarlo a su antojo.

Abrazo entonces en esta hora a todos los dignos colegas que no hacen de esta carrera una mera es-

tación de paso y que sufren, silenciosamente, toda clase de agravios. Por eso invito también a los lectores, televidentes y oyentes a que les hagan llegar su aliento. Es tiempo, en este final del siglo veinte, que el cambalache se termine. Para que los inmorales dejen de superarnos y no sea lo mismo un burro que un gran profesor.

De patriotas sin monumentos y modelos de sencillez

LLEGUÉ a Santiago del Estero por primera vez en septiembre de 1995. Llevaba el doble propósito de rendirle un homenaje en Villa Jericó –donde descansan sus restos– al padre Domingo Cuasante y de encontrarme con su sucesor en la parroquia San Roque, Eleuterio Cabero.

Ambos sacerdotes de la congregación de los padres bayoneses, dejaron huellas imborrables en quienes cursamos primaria y secundaria en el colegio Sagrado Corazón, de Rosario. Españoles los dos, se jugaron por entero en la formación de la niñez y juventud. De jornadas infinitas, sin descansos ni rezongos, conocieron también en la plenitud

de su ministerio idéntico destino; el trabajo entre los pobres más pobres de la capital santiagueña.

Hasta allí arribaron con la tenacidad de su sangre ibérica, enriquecida con la experiencia en la Pampa Húmeda argentina. La realidad social los llevó a predicar con palabras y obras, y a los movimientos y grupos de cualquier parroquia les sumaron el comedor para niños, el ateneo para la práctica deportiva, la asistencia espiritual de los pacientes del hospital Independencia y del penal de menores, la docencia en las villas sobre prevención de enfermedades –particularmente el chagas– y cualquier otra iniciativa que, como enseña la Madre Teresa, mostrase el "amor en acción".

Comprobé hasta qué punto existe allí una verdadera comunidad. Intoxicado del individualismo de las grandes ciudades, que vive poniendo excusas a la hora de tender una mano, o que suele mostrar sólo una fe exterior, observé cómo nuestros hermanos hacen presente a Cristo en el prójimo. Y aún con la carga de la pobreza perpetua y olvido sistemático de los gobernantes, derraman con generosidad la riqueza inagotable de sus espíritus.

Anunciar el Evangelio entre ellos no demanda esfuerzos notables. Lo viven en cada uno de sus actos, con naturalidad y transparencia. En cada hogar –particularmente los más humildes– están

presente las imágenes de Nuestro Señor y la Virgen de Sumampa. No falta jamás la mención de Dios como "fuente de toda razón y justicia" y, por el contrario, Él preside los dolores y las fatigas; las alegrías y esperanzas cotidianas. Sus manos son sentidas en la llaga de la injusticia y en el abrazo que invita a no rendirse...

Lejos de cierta fama ligada al humor folclórico –siempre bienvenido por su cuota de alegría a la existencia–, vi incansables trabajadores por una patria para todos. En nuestra Argentina que tanto nos duele y que, por eso, tanto queremos son un pueblo que sin alharacas sabe de proceratos anónimos; sin monumentos ni coloreadas figuritas en revistas para niños.

Mi amor por Santiago comenzó cuando mi madre, Susana Pareja de Viña, nos relataba en la niñez su fugaz paso infantil de mediados de siglo. Hija de un viajante, echó sin embargo raíces en un caserón de la avenida Belgrano; en proximidades del hoy Hospital Ramón Castillo.

Amo a Santiago porque comprobé el celo y la alegría que pusieron los queridos religiosos al servicio de la gente...

Amo a Santiago porque descubrí la valentía de su obispo, monseñor Gerardo Sueldo, cuando en

la misa de acción de gracias –huelga de hambre mediante– por el pago de seis meses adeudados a obreros de Loreto, Choya y Real Sayana, marcó con claridad evangélica el camino a seguir en pos de la justicia social y en contra del atropello de los poderosos...

Amo a Santiago por los colegas periodistas valientes, sin ataduras, que no tienen miedo a ser la voz de los sin voz, en defensa de las causas nobles del pueblo...

Amo a Santiago porque al misionar en su humildísimo barrio Juan XXIII, en un ranchito donde abundan carencias, una joven madre ante nuestra insistencia de ayuda sólo dijo necesitar un rosario...

Amo a Santiago porque los rostros de esa señora y de la venerable dama mayor, visiblemente enferma y pobre que en una misa de la capilla San Cayetano me regaló dos pancitos, están marcados a fuego en mi alma. Y mal que les pese a los profetas del caos y el pesimismo anuncian el renacer inevitable de una tierra, desde sus más hondas raíces. Aquellas que la hicieron "Madre de Ciudades" y "Madre de Valores", en una Argentina hoy más que nunca necesitada de modelos de sencillez...

Las respuestas del Cielo

PEREGRINAR por segunda vez a Luján fue para mi un salto a las profundidades de la Fe, desde un compromiso cristiano, que crece día a día.

Puede decirse que siempre estuve junto a mis hermanos caminantes hacia la Madre de la Patria. Pero las obligaciones de mi labor periodística sólo me permitieron acompañarlos físicamente en 1994 y 1996. Los frutos que dejaron en mi alma son inconmensurables. Siento que nada puede vencerme con el maternal amparo y noto que las manos de la Virgen no me abandonan.

"Madre, ayúdanos, estamos en tus manos", fue en esta ocasión sentida plegaria y vibrante arenga para no rendirse. Cual verdadero himno de guerra, el lema arrancó de nuestros corazones la tibieza y el miedo y nos arrojó al coraje del combate. Le hicimos la guerra en setenta kilómetros al no te metás, a la desesperanza, al todo está perdido y a todas aquellas frases del conformismo, inconcebibles en quienes debemos ser, por mandato de Jesús, "sal de la Tierra y Luz del mundo".

Lección conmovedora

A quienes viven despreciándola por creerla en cualquier cosa, la juventud de nuestro suelo les dio una conmovedora lección: la de ser protagonista inobjetable de la mayor concentración humana en la historia nacional. El millón y medio de argentinos –jóvenes por biología o espíritu– que se jugó por la vida, la justicia social y una autentica patria de hermanos, no fue objeto de dispares e intencionados cálculos de concurrencia como ocurre en otros encuentros. No hizo una demostración de fuerzas con nadie. No buscó quedar en ningún bronce. Sólo quiso –y lo logró ampliamente– reafirmar con alegría incontenible y devoción visceral la vigorosa raíz religiosa de nuestro país, que permite "esperar con-

tra toda esperanza" y sentir que las verdaderas respuestas solo vienen del Cielo.

"Madre, ayúdanos, estamos en tus manos" valió para demostrar a los dirigentes trasnochados que Dios, fuente de toda razón y justicia, preside todos nuestros actos trascendentes y une como nadie al pueblo.

"Madre, ayúdanos, estamos en tus manos" mostró una juventud argentina que permite firmar cualquier cheque en blanco sobre el futuro del país. Esos chicos, hermosa realidad en la escena nacional, enseñaron aun con sus ampollas y calambres que sólo el cansancio y el sacrificio son padres de los logros mayúsculos.

"Madre, ayúdanos, estamos en tus manos" nos hizo vivir la vida misma en 24 horas: una partida feliz y confiada; un trayecto lleno de desafíos y dificultades y un final como el prometido por Cristo, lleno de luz, eterno, inagotable...

"Madre, ayúdanos, estamos en tus manos", con la experiencia ganada en las previas 21 peregrinaciones, desde 1975, nos permitió sentirnos comunidad en cada grupo de apoyo, puesto sanitario o descanso. Todos nos sentimos uno, como quiere Nuestro Padre, y por eso descubrimos en el rostro de nuestro hermano, el fuego sagrado de la Iglesia.

"Los estuve esperando..."

"Madre, ayúdanos, estamos en tus manos" nos advirtió que aun queda mucho por hacer para evitar que se venda alcohol a la vera del camino o se cobre por ir a las letrinas, pero también nos hizo evocar a la piadosa mujer que secó el rostro de Cristo camino al calvario en aquella viejita que, sonriente, brindaba el baño de su casa y repetía "los estuve esperando todo un año...".

"Madre, ayúdanos, estamos en tus manos" no dejó ninguna duda sobre el sentimiento mariano de los argentinos que también bajo las advocaciones del Rosario, del Valle, Itatí y Sumampa, entre otras, encuentra formidables cauces de expresión.

"Madre, ayúdanos, estamos en tus manos" nos hizo ver la sonrisa mas hermosa de la Virgen que rezó, cantó y hasta bailó con nosotros bajo el sol radiante y, particularmente en la noche estrellada.

"Madre, ayúdanos, estamos en tus manos" fue, en síntesis, la respuesta mas plena de la Iglesia argentina a la invitación papal a "levantarse y andar", de 1987. La marcha, por supuesto, no concluyó en Luján la mañana del 6 de octubre: sigue con tantos o más escollos en el aula y el trabajo; en el lecho de enfermo o en la madrugada anhelante de un

destino laboral...

En un país donde cierta prensa prejuiciosa y resentida explotó hasta el hartazgo la tragedia de un sacerdote asesinado y la detención de otro y ni siquiera escribió una línea en tapa sobre este acontecimiento, obviamente el camino no es sencillo.

Vivamos, pues, de marcha en marcha; con metas claras y etapas definidas. Cubramos el trayecto largo con seguros tramos cortos. Y así como entre Morón, Merlo, La Reja, General Rodríguez y Luján sentimos la palmada cariñosa y la voz de aliento de los otros peregrinos, también gozaremos en cada dificultad de los brazos abiertos de Nuestra Madre y su dulce voz que nos dice "ánimo, no aflojes, te estoy esperando...".

Pizzariello: un cura jugado por la Palabra en los medios

UNA de las primeras lecciones que aprendí al abrazar la noble profesión periodística fue que, al momento de escribir o hablar, siempre debe existir un mensaje trascendente. "No se trata –repetían los viejos maestros– de brutalmente atacar con una máquina, cámara o micrófono. Ser periodista –enfatizaban– significa asumirse portavoz de valores, aún desde las más profundas miserias humanas".

Con el paso de los años, y particularmente en este último tiempo, descubrí en toda su plenitud el significado de aquellas palabras. Frente a tanta "samanthización" de los medios, mostrar otros ca-

minos de vida puede resultar casi heroico pero, por eso mismo, apremiante.

Aquellos pasos iniciales en Radio Nacional Rosario, allá por 1977, me permitieron descubrir sobre el filo de cada medianoche una voz familiar y llena de calidez: la del sacerdote Marcos Pizzariello. Por entonces no conocía que era jesuita ni la vastedad de su obra. Sí que con "Oraciones Siglo XX" mi espíritu y el de miles de oyentes se entregaban al descanso nocturno con razonable paz.

Fue sacerdote y periodista. Mejor dicho, su ministerio pastoral se sirvió de las noticias para compararlas con la Buena Noticia; la única que jamás envejece y siempre está al servicio de la esperanza. No dudaba en presentar casos reales de prostitutas, drogadictos, corruptos o descontrolados de toda laya. Siempre tuvo para ellos respeto y misericordia. No los usó impúdicamente para vender o lograr algún puntito extra de rating. Les hacía brotar manantiales de vida. Los Hombres Nuevos que formó de verdaderos despojos humanos son una muestra acabada del poder inconmensurable de los medios de comunicación social, cuando están puestos realmente al servicio de la comunidad...

Sus espacios radiales y televisivos no tenían eslóganes rimbombantes ni frases efectistas. "Tres mi-

nutos con usted", "Meditando con usted" y "Oraciones Siglo XX", preferían el estilo coloquial, intimista, casi de confesión, para que aún las almas más abatidas encontraran aires de libertad. Sólo Dios sabe cuántos enfermos, ancianos y prisioneros del insomnio tuvieron en noches y madrugadas interminables sus palabras reconfortantes que, cual verdaderas caricias, brotaban de los aparatos radiales. Miles de cartas recibidas en la Casa Provincial jesuita son testimonio de una gratitud imposible de ser medida.

Personalmente lo conocí hace ocho años, ya instalado en Buenos Aires. De sonrisa invariable y andar pausado por los años, emergía siempre de su encorvada figura con juvenil decisión. Conservó hasta último momento la vitalidad propia del periodista, que sirve para informar y formar a su gente y la del sacerdote, que vive en Dios para anunciar su Reino.

Al cruzarnos cambiábamos unas palabras en italiano –que aprendió en sus años por Roma– y no ocultaba su satisfacción por sentirse mi colega "giornalista" (periodista), incluso con carné expedido en la península. Hasta Ema, una sencilla mujer de la portería que por varios lustros lo ayudó con el embalaje y despacho de los casetes, era "distin-

guida" con esa categoría profesional, por su tarea al servicio de la comunicación...

Publicó los libros *Mi palabra es oración*, *Mensajes espirituales*, *El que ama eternamente*, *Meditando con usted*, *Siempre es tiempo*, *Día a día*, *Lecturas para cada día*, *En voz alta*, *Atiende de 0 a 24 horas*, *Todavía no*, *Un minuto para orar*, *Cuando soy débil, soy fuerte*, *Palabras para pensar*, *Verdades de a puño* y *Equilibristas*. Cada uno de ellos es una puerta abierta a la vida y "la vida en abundancia", como quiere Cristo para sus discípulos.

Supo también de los recelos y envidias que sufren los hacedores, particularmente en los medios de comunicación. Como cura y periodista soportó sin quejarse los vaivenes de una actividad pródiga en finales abruptos y adioses repentinos y la poca comprensión de otros sacerdotes que, pese a lo claramente manifestado por el Magisterio de la Iglesia, siguen teniendo reparos hacia los medios y a quienes en ellos actuamos.

Casi con noventa años, su vida se apagó en plena actividad. Previsor en todo y quizás convencido del destino inmediato dejó grabados sus micros hasta el mes de abril; seguramente para darle tiempo de preparación a su eventual sucesor. Para bien de los oyentes, o sea de la Iglesia, la Compañía de Je-

sús designó al joven sacerdote Guillermo Ortiz para que tome su posta. Con humildad hizo votos para estar a la altura de las circunstancias. "Nunca mejor aquello –subrayó– de que queda un espacio muy difícil de llenar..."

Sin dudas, desde la Casa del Padre, le dictará las palabras oportunas y las imágenes más expresivas. Porque, en definitiva, los periodistas y sacerdotes jamás concluyen sus ministerios. Están siempre, más allá de su presencia física, en todas las obras inspiradas por Aquél que es Palabra inmutable y eterna.

Ante Dios todos somos pobres...

DESDE hace varios años, la personalidad y la obra de la Madre Teresa de Calcuta despiertan en mí intensos sentimientos de admiración. Frente a tantos profetas de la queja, el pesimismo y el odioso "nada puede hacerse", ella demuestra que sólo dos brazos logran muchísimo más que miles de palabras y preconceptos.

Acercarme a su pensamiento y acción a través de libros, reportajes y videos me permite también soñar con realizarle una entrevista; algo que como cristiano y periodista me marcaría para toda la vida.

Como los caminos de Dios son, de todos modos, mucho más próximos que lo imaginado tuve la di-

cha en Roma de acercarme a su mundo. El Hogar "Dono di Maria", para mujeres deambulantes en el mismo Vaticano, me permitió comprobar hasta dónde llega ese "amor en la acción" que la octogenaria monjita multiplicó en miles de Misioneras de la Caridad en más de 120 países de la Tierra.

No son extraterrestres quienes lo atienden. Jóvenes –y en algunos casos muy jóvenes– religiosas, mayoritariamente africanas y asiáticas, se encargan entre los pobres más pobres de hacer visible el amor de Dios.

Llegué el 24 de enero, día especial por celebrarse la fiesta de San Francisco de Sales, patrono de los periodistas y escritores. Tras cuatro años de labor pastoral en el hogar se despedía el padre Samuel, un joven sacerdote chileno que retornaba a su país. Pocas veces en mi vida vi tan expresivas muestras de gratitud. Quienes tal vez conocieron recién ahí una cama limpia y un plato caliente, le regalaron ese reconocimiento que sólo los más desheredados son capaces de brindar.

En la puerta otros indigentes, especialmente inmigrantes, desocupados y alcohólicos recibían su "panino y mela" (sandwich y manzana) para pasar la noche. Me enteré, entonces, que otros tres hogares de la congregación intentaban cubrir diversas necesidades en la Ciudad Eterna...

Al día siguiente, el 25 de enero, asistí en la basílica San Pablo Extramuros a una misa que celebró el Santo Padre, Juan Pablo II, para clausurar la semana de oración por la unidad de los cristianos junto con el patriarca armenio Aram I, y conmemorar la conversión de San Pablo Apóstol.

Mientras aguardaba en la fila para ingresar, de repente se incorporaron decenas de religiosas con sus inconfundibles hábitos, los saris blanquiazules. Con sus rosarios en las manos e invariable sonrisa inundaron de paz la espera. No hubo en ellas actitudes para llamar la atención. Desde el modo de hablar hasta el cortés pero enfático rechazo a cualquier halago, volvieron a obsequiarnos con la lección de su humildad. Lo que hacen no es de ellas; es "de Cristo, por Cristo y para Cristo". Ese Cristo miserable y maloliente que rechazamos en cualquier calle pero al que ellas sirven con una entrega que sólo la Fe puede explicar.

Me asombró ver la satisfacción del Papa al divisarlas entre los fieles. A tan sólo un par de metros de mí, el Sumo Pontífice y las monjitas me dejaron una postal imborrable. Ambos, aún desde sus achaques y limitaciones, me trasmitieron con sus semblantes serenos y trasparentes la paz propia de quienes se sienten seguros en su misión. Frente a los egoísmos del mundo ellos pertenecen a la poco

publicitada –pero no por ello menos abundante– legión de los que no se rinden ante el dolor propio y dejan su vida en el alivio del ajeno.

Pocas horas antes de volver a Buenos Aires regresé para despedirme de las hermanas y reiterarles mi afecto. No querían fotos ni nada que pudiera significar elogio personal. Sí me regalaron –y vaya presente– una hermosa fotografía en primer plano de la Madre Teresa y varias estampitas con su figura y dedicatoria de puño y letra "*God bless you*" (Dios te bendiga). Mis manos temblorosas no podían creer lo que recibían y todo el amor que llevaban de un ámbito donde abunda el dolor pero sobreabunda la gracia.

Con el saludo final, una de ellas me recordó que en Zárate, Béccar, Benavídez, Frontera (Santa Fe) y Mar del Plata, las Misioneras de la Caridad también atienden a desamparados, enfermos de sida y niños y ancianos de la calle. "Ruegue para que muchas jóvenes, en un país católico como la Argentina, no tengan miedo a seguir los pasos de Madre Teresa, para servir al Señor en sus hermanos más sufrientes", enfatizó.

"Muchas personas dicen preocuparse por los pobres que están lejos pero se olvidan de los que tienen en su propia familia o en el vecindario. Comien-

cen por ellos que de los pobres de la India nos ocupamos nosotros", releí en el libro de la religiosa *Amor: un fruto siempre maduro*.

Con el corazón ardiente por tantas emociones recordé aquella otra frase para el bronce que dejó en oídos del arzobispo de Milán: "Ante Dios todos somos pobres...".

En asumirlo plenamente está nuestra verdadera riqueza.

Índice

Impreso en MULTIGRAPHIC
Sarmiento 643 6° Of. 624, Cap. Fed.,
República Argentina. Mayo de 1997

CANSADO de recibir negativas más o menos corteses de las editoriales, Christian Viña publica con el fruto de sus sacrificios y ahorros este libro, "Católico... y periodista".

En un mundo donde las identidades se confunden y cual discepoliano cambalache todo se mezcla, la obra expresa las firmes convicciones del autor y su cristianismo comprometido y valiente.

Viña sabe –por haberlo sufrido en carne propia– que las enseñanzas de Cristo y su Iglesia son "mala palabra" en ciertos ambientes periodísticos e intelectuales, llenos de prejuicios y resentimientos. Ellos le dan renovadas fuerzas para seguir adelante y mantener intacta la Esperanza en las enseñanzas del Señor (Lc. 6, 22-23):

"Bienaventurados seréis si os odian los hombres, si os expulsan, os insultan y proscriben vuestro nombre como infame a causa del Hijo del hombre. Alegraos aquel día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo. Así trataban también sus padres a los profetas".